

Mi abuelo tiene 86 años. Sufre degeneración macular y se está quedando sordo. Quizá debido a esta creciente incomunicación con la realidad que le rodea, desde hace unos años se entretiene con vívidas reminiscencias del pasado. Nos recibe, como siempre, impecablemente vestido y peinado, sentado en su silla, ladeando la cabeza para enfocar nuestras caras en sombra con la periferia de su retina, y nos cuenta otra vez sus inicios como fogonero en la RENFE, las jornadas inacabables, de veinticuatro horas, durante las que necesitaba colgarse de la cuerda que hacía sonar el silbato para que lo despertase si se adormecía (en aquella época no existía el sistema *hombre muerto*).

¿Cómo es posible que mi abuelo recuerde aquello que sucedió sesenta años atrás? Cómo nos fastidia esa capacidad de acordarnos de detalles antiquísimos y al mismo tiempo no saber donde hemos puesto las llaves...Pero no creamos que la memoria es caprichosa: que el mayor porcentaje de nuestros recuerdos se acumulen entre la segunda y la tercera década de la vida, lo que se conoce como el *pico de reminiscencia*, no se debe al azar. Es durante esos años cuando se padecen las primeras experiencias, buenas, malas y neutrales, pero muchas de ellas prototípicas. Ciertamente recordamos muchos eventos fuera de esas épocas, sobre todo aquellos que nos marcan emocionalmente (por ejemplo, cuando se introdujeron los trenes eléctricos, qué trauma para mi abuelo, ya cuarentón, estudiar las leyes de Ohm), pero nuestra personalidad se forja fundamentalmente durante la adolescencia y juventud. Ya encontraremos las llaves rebuscando un poco, pero necesitamos no olvidar quienes somos: somos nuestra memoria, guardada en nuestro cerebro.

Dentro del cerebro de mi abuelo residen millones de neuronas: células con decenas de bracetos (que los que entienden de esas cosas llaman dendritas) y una piernecilla ramificada (o mejor dicho, axón), conectadas entre sí como si de un circuito eléctrico se tratase. Cada día, las neuronas de mi abuelo se enteran de un nuevo suceso a través de su conexión directa con sus cada vez más maltrechos sentidos. Siempre lo comentan. Para hablar entre ellas, las neuronas modifican su incesante actividad eléctrica, lo que les permite entregar la información necesaria a sus vecinas en forma de paquetes con pequeñas moléculas (lo que se suele llamar neurotransmisores), entrelazando manos y pies. Pero pasan tantas cosas intrascendentes en la vida (hay hervido para cenar: la abuela le ha gritado si le apetecen unas acelgas y el ambiente empieza a llenarse de vapor de agua), que mi abuelo se volvería loco si lo recordase todo, como le ocurría a aquel pobre personaje borgiano, *Funes el memorioso*. Así que la mayoría de las veces, sus neuronas se cansan de hablar de lo que ha ocurrido, porque cuando uno alcanza una venerable edad, pocas cosas ya le resultan útiles o significativas, o quizá simplemente porque se han vivido muchas otras veces (es decir, por mucho que mi abuelo se queje de que el tiempo se ha acelerado ahora que es viejo, esto no es verdad: la realidad es que está almacenando menos recuerdos). El recuerdo de la cena, que fue durante unas horas un eco eléctrico repetido una y otra vez, se apaga.

A veces, sin embargo, aquello le sucedió merece ser recordado, como aquellas lejanas leyes de Ohm. Las neuronas de mi abuelo repitieron y repitieron su conversación eléctrica durante tanto tiempo que ésta se fue transformando poco a poco en algo sólido: produciendo nuevo material de construcción (o lo que se da en llamar proteínas) llevaron a cabo una remodelación del vecindario neuronal: nuevos dedos, nuevas conexiones, todo un andamiaje sobre el que se apoya desde entonces que la que la corriente que circula por un conductor eléctrico es directamente proporcional a la tensión e inversamente proporcional a la resistencia siempre y cuando su temperatura se mantenga constante.

Durante un corto periodo de tiempo, los recuerdos se guardan en una estructura cerebral llamada *hipocampo*, o caballito de mar (porque cuando los neurobiólogos miramos dentro de la caja del cráneo somos como los niños capaces de ver animales en las nubes: así, cuando mi abuelo

recuerda que una vez atropelló a una chica surgida de pronto, como alma en pena, de los naranjos, disparan las neuronas de su centro de las emociones, que no es ni más ni menos que una almendra o *amígdala*; el olor de su huerto, evocador de recuerdos de su infancia murciana, activa el área olfativa o *piriforme* que posee, evidentemente, forma de pera). Después, las neuronas del *hipocampo* trasladan los recuerdos al piso de arriba, o *corteza cerebral*, ese manto arrugado que además de almacén puede enorgullecerse de sed sede de la consciencia.

Como esos trastos viejos que guardamos con cierto cariño en el fondo del armario, los recuerdos muy antiguos son bastante resistentes al deterioro (natural, ya que, como hemos dicho, de sutiles ecos eléctricos se han transformado en sólidos abrazos neuronales). Pero cuidado, porque cada vez que recordamos, estamos recreando, remodelando, incluso destruyendo nuestra memoria. Cuando despertamos a las neuronas que guardan un recuerdo, aquellas sólidas conexiones se vuelven frágiles de nuevo. Así, podemos actualizar nuestros recuerdos con nuevas experiencias, fortalecerlos, y, en el peor de los casos, olvidar. Podemos, incluso, modificar nuestros recuerdos de manera que lo que recordamos no tenga mucho que ver con lo que en realidad sucedió. Podemos crear recuerdos falsos. O lo que es lo mismo: nunca somos la misma persona que fuimos un día, y además, nuestra realidad es totalmente distinta de la realidad de nuestro vecino. Quizá por eso, para mí, y sólo para mí, mi abuelo es el maquinista que conducía la locomotora de vapor cruza un paisaje nevado en la película *Doctor Zhivago*. La época y el lugar lo hacen posible: parte de la película se rodó en el año 64 en Guadix, donde vivía mi familia por aquel entonces. Y es cierto que mi abuelo nos cuenta cómo se utilizaban los trenes de la línea que él conducía, Granada-Almería, en los *spaghetti western* rodados en la zona. Cómo le pagaron unas pesetas por *atropellar un ganso* en una de ellas. Sin embargo, nunca mencionó el nombre de ninguna película en concreto. No sé si conoció a Sergio Leone, y desde luego nunca dijo nada sobre Omar Sharif. Creo, pero no me importa, que con el tiempo he aprovechado de los mecanismos de la memoria a mi conveniencia y he transformado un vago recuerdo infantil en una realidad.

Mi abuelo, a sus 86 años, tiene la suerte de tener la cabeza muy clara. Si en lugar de degeneración macular y sordera sufriese Alzheimer, el caballito de mar de su cerebro sería el primero en morir: olvidaría cómo llegar a casa, y sus nuevos recuerdos se evaporarían antes incluso de serlo. Quizá más adelante confundiría a sus hijos con sus padres: aún quedaría más o menos intacto el almacén de la corteza guardando celosamente los recuerdos más antiguos, desligados del tiempo y del espacio. Al final, esto también lo perdería. Yo ya no podría hacer más que consolarme sabiéndome pertenecer a la familia de un personaje (casi) histórico.